

# Nacionalismo y dictadura en la primera mitad de siglo XX. Una aproximación historiográfica desde el caso español

*Nationalism and dictatorship in the first half of the 20<sup>th</sup> century. An historiographic approach from the spanish case*

Andrés ACQUARONI PINEDA

Universidad de Salamanca

[acquaroni@gmail.com](mailto:acquaroni@gmail.com)

BIBLID [ISSN 2174-6753, nº3, 36-49]

Artículo ubicado en: [www.encrucijadas.org](http://www.encrucijadas.org)

Fecha de recepción: marzo de 2012 || Fecha de aceptación: junio de 2012

**RESUMEN:** Este ensayo tiene como fin observar las similitudes y diferencias del impacto del nacionalismo en los regímenes dictatoriales del primer cuarto del siglo XX y su repercusión en la población, así como sus conexiones con la cultura de la época, que se venía fraguando desde el siglo XIX. Uno de los principales rectores del análisis es el tronco filosófico-político del que ambas ideologías beben; el segundo es la creación de Estados-nación y nacionalización de las masas. En cuanto a la estructura, en primer lugar se establecen las premisas básicas del cambio del discurso nacionalista; en segundo lugar se analiza el tronco filosófico-ideológico esbozado en la primera parte. Por último, se observa la incidencia de estas premisas en nuestro objeto de estudio, el franquismo en su comparación con el nacionalsocialismo alemán. Se trata de un análisis que se adentra en las explicaciones culturales, sin embargo no debe entenderse éste como el único posible, sino como una parte más para comprender dichos fenómenos.

**Palabras clave:** franquismo, nacionalsocialismo, cultura, nacionalización, fascistización.

**ABSTRACT:** The aim of this essay is to study the similarities and differences in the impact of nationalism on the dictatorial regimes in the first quarter of the 20th century, the effect on population and the connections with contemporary culture, as they were being shaped since the 19th century. One of the main aspects of the analysis is the philosophical and political body both ideologies feed on; the second is the creation of nation-states and the nationalization of the masses. Regarding the structure, first the basic premises of the change in nationalist discourse are established; second, the philosophical and ideological foundations sketched in the first part are analyzed. Finally, attention is paid to the incidence of these premises on our subject of study - franquismo as compared to German national-socialism. The analysis enters into cultural explanations; however, it must not be thought that this is the only possible one, but just another contribution to understand these phenomena.

**Keywords:** Franco regime, national-socialism, culture, nationalization, fascistization.

## 1. Introducción

El camino recorrido por España y Alemania durante el final del siglo XIX y principios del XX presenta curiosas coincidencias<sup>1</sup>. Alemania, una vez unida en el último tercio del siglo XIX, experimenta un régimen oligárquico y dictatorial, bajo la efigie del omnipotente Bismarck. En España, al mismo tiempo, se produce el período restauracionista, que luego evolucionará hacia posiciones dictatoriales, bajo el mando del militar Primo de Rivera.

Posteriormente ambos países experimentan un lapso democrático, Weimar en Alemania, la II República en España; si bien es verdad que en Alemania abarca toda la década de los años veinte (se verá cercenada en su contenido a partir de 1933, aunque no en su forma en los primeros momentos). En España el lapso democrático dura menos, de 1931 a 1939, pero no deja de mantener una similitud con el caso alemán. Después, España seguirá la senda del franquismo.

Si bien las diferencias son claras entre ambos regímenes (franquismo y nazismo), sin entrar aquí en el debate sobre el grado de fascistización del franquismo, desde la temporalidad hasta el carácter del régimen, podemos establecer una secuencia parecida para ambos países: dictadura<sup>2</sup>, período democrático, dictadura. Pero esta abstracción podemos hacerla debido a que nuestro objetivo no es la comparativa del proceso histórico de esos regímenes y contextos históricos específicos en el sentido más historicista, sino de la influencia del nacionalismo desarrollado a través del último tercio del siglo XIX en las posteriores dictaduras del siglo XX, así como el tronco filosófico-ideológico del que procede.

El objetivo de este pequeño ensayo es, a través de la comparativa con el caso alemán, observar el tronco común de pensamiento europeo en que se enmarca el franquismo y sus relaciones con el nacionalismo, con el fin último de comprender cómo este tipo de régimen dictatorial duró tanto en el tiempo (aunque este interrogante no será respondido aquí más que de manera abstracta), partiendo de la base de que para que éste se mantuviera debía ser aceptado por gran parte de la sociedad.

Pero la comparativa con el caso alemán no se realizará de manera sistemática, dado que existen en la actualidad varios estudios de este tipo sobre dicho país. Aquí me limitaré a recoger los puntos que me han parecido centrales para la interpretación del nacionalismo y el fascismo/nazismo. Por esto no podemos llamar estudio comparativo al presente ensayo, ya que se trata de tener a Alemania como referente, sobre todo en lo que al plano filosófico-político se refiere, pero no como guía para el análisis. Aunque habrá quien niegue la validez de este sistema, sí me parece lícito comparar regímenes que se desarrollaron en el mismo periodo y bajo parecidos contextos y características. Pero se trata más de unos apuntes y reflexiones sobre el tema que un estudio sistemático, intentando como digo, introducir con ello un debate poco desarrollado en España.

---

<sup>1</sup> La historia alemana y española están muy unidas desde la Edad Moderna. Un ejemplo de ello es que en algunas universidades alemanas existen programas de especialización en historia hispano-germana en época moderna.

<sup>2</sup> Recordemos el epíteto con que se marcó a la dictadura de Primo de Rivera, la "dictablanda" (en comparación con la posterior dictadura franquista). Este carácter blando se debe a la política de represión de las fuerzas extremistas y la aceptación de los moderados, así como tener en cuenta una serie de reformas sociales necesarias, de carácter estructural (que por otro lado no resolvieron el problema). En este sentido, podemos compararla con el sistema que Bismarck diseñó para Alemania, en el que se empieza a conformar un estado de bienestar primigenio, cuyo objetivo es alejar a las capas más pobres de trabajadores del "cielo en la tierra" que representaba el socialismo por entonces.

El artículo no pretende ser un estudio cerrado sino, al contrario, abrir la puerta a una interpretación historiográfica determinada y novedosa, que puede arrojar mucha luz sobre la relación entre nacionalismo y franquismo, y que ya ha beneficiado mucho a los estudios sobre nacionalismo y nazismo/fascismo. Por ello quizás el resultado pueda parecer un poco abstracto, pero se trata de poner en relación varias ideas y planteamientos necesarios para una interpretación de nuestro tema bajo varios axiomas. Si bien algunos apartados pueden parecer un poco desligados del resto del trabajo en un principio, su contenido es totalmente necesario para comprender el resto del análisis. Como digo, no se trata de un estudio sistemático sobre el tema, sino de una reflexión historiográfica sobre nuevos planteamientos de investigación.

## 2. Explicaciones de corte neokeynesiano

### *2.1. La transformación del nacionalismo en el último cuarto de siglo XIX*

Varios autores coinciden al señalar que durante el periodo que va desde 1870 hasta finales de la década de los años veinte del siglo XX, se da una transformación sustancial del nacionalismo, frente al desarrollado en el siglo XIX. Si nos desligamos por un momento de las teorías específicas sobre el tema observamos que esta es una época de cambio en general.

A través del libro monolítico de MacMillan (2005) sobre la Paz de París de 1919, observamos que en dichos tratados de paz muere lo poco que quedaba del hombre político del siglo XIX europeo, así como la diplomacia y el tipo de relaciones internacionales ligadas a ese mundo. La obra trata en profundidad, bajo la óptica de los cuatro dirigentes más importantes de la conferencia de paz, los seis primeros meses de negociaciones. Dejando a un lado visiones historiográficas determinadas, o tratamientos de la información más o menos adecuados, la obra ofrece una impresionante visión de la ebullición nacionalista de Europa en ese momento. La evolución del continente europeo durante la Edad Moderna y los principios de la contemporaneidad, la industrialización y la cada vez mayor importancia de las masas en la vida pública, así como los avances del movimiento obrero, mezclados con los principios wilsonianos de soberanía para los pueblos, y el triunfo en la guerra de los Estados no multinacionales, provocará que durante estos seis meses viajen a París cientos de comitivas a plantear sus aspiraciones nacionalistas a la conferencia.

Lejos de realizar un análisis sobre estas cuestiones, lo que pone de manifiesto 1919 es la expansión de una nueva concepción del nacionalismo y la Nación. Sin embargo, esta explosión nacionalista no se concibe para la época del Congreso de Viena (quizá el antecesor de las negociaciones de paz de París), cuando se trata de reestructurar Europa tras una gran guerra en todo el continente. Como vemos, el cambio que catalogábamos como sustancial puede incluso calificarse como uno de los cambios que vertebrarán el devenir de Europa en el siglo XX. Richard Bessel coincide en afirmar que la Primera Guerra Mundial supuso "una crisis de civilización que determina un giro sustancial en la cultura y las conductas" (Acton y Saz, 2001: 176).

Al hablar de transformación del nacionalismo es evidente que hacemos referencia a un tipo de nacionalismo anterior al cambio, lo que a su vez implica que este nacionalismo tiene que haber salido de algún lugar. Entramos de lleno en el debate entre perennialismo y modernismo. En este sentido haremos aquí algunas observaciones, aunque durante el resto del ensayo se irán deslizando más reflexiones sobre el

tema. El debate es amargo, y versa sobre la antigüedad de las naciones. Mientras que para unos la nación es casi eterna, basándose en criterios de etnicidad o territorio, para otros presenta un carácter tan moderno que se trata de invenciones que no van más allá del siglo XIX.

Entre las teorías de invención de la tradición (Hobsbawm y Ranger, 2002), y las de carácter antiguo basado en la etnicidad, existe una amplia gama, que cada vez más, reconociendo el carácter moderno de la nación y el nacionalismo, hace hincapié en los elementos primordiales que estas guardan en su interior. Bajo mi punto de vista, la nación es un ente claramente moderno, formado por la reinvencción (ni invención a secas, ni reelaboración) de tradiciones, supuestas experiencias comunes en el pasado, y otras realidades "recicladas" de una cultura extensible a amplios grupos de la población. En este sentido hay que tener en cuenta la importancia de los elementos primordiales como matriz de esa reinvencción, y como advierte Hobsbawm (1992), la religión, la etnicidad, o la consciencia de pertenecer a una entidad política duradera. A estos rasgos Hobsbawm los denomina protonacionales, explicándolos como variantes de sentimiento de pertenencia colectiva que los Estados han podido movilizar en muchas partes del mundo (Op. Cit.: 55-56). Si bien estos elementos per se no desembocan automáticamente en nacionalismo, sí son esenciales para comprender su evolución posterior. Sin embargo, el término protonacional, con el que muchos investigadores se han quedado contentos, no responde sino de una manera muy vaga al proceso verdaderamente interesante de mutación (por acción interna o externa), de esos caracteres primordiales, reelaborados para proyectar sobre un territorio la virtualidad de un Estado histórico y unas tradiciones comunes y ancestrales. Por lo tanto, es necesaria una labor de conceptualización.

Continuando con un breve repaso del camino seguido por el nacionalismo, una vez observamos la importancia de estos elementos, hace falta un catalizador para la transformación que seguirá durante el último tercio del siglo XIX<sup>3</sup>. Se trata, según Hobsbawm, de la entrada de las masas en la política estatal a nivel europeo, lo que provocará la nacionalización del pueblo mediante búsqueda de tradiciones comunes, espacios de coincidencia de cualquier tipo o el enfrentamiento contra otros países que, por su carácter nacional, vendrían a reafirmar el carácter nacional del primero. Pero él también advierte que no es un proceso unidireccional desde arriba, sino que ciertas ideas y concepciones interiorizadas por el pueblo facilitarían, y en algunos casos provocarían, la acción propagandística desde el gobierno. Es decir, un proceso dialéctico entre Estado y pueblo, en el que los dos mantienen influencia en el proceso de nacionalización.

Mediante esta entrada en escena de las masas se articula la transformación del nacionalismo de finales del siglo XIX, que plantea sus diferencias con la anterior concepción. Según Hobsbawm, se abandona el principio de umbral, por el que para constituirse en nación hacía falta determinada magnitud, territorial o demográfica. Prueba de ello es que en 1919 viajarán a París comitivas en representación de comunidades de tamaño muy variable, pero casi todas con un arco de pretensiones muy parecido (MacMillan, 2005). Por otro lado la etnicidad y la lengua se convierten en aspectos centrales de la nacionalidad (Hobsbawm, 1992). Pero como este mismo autor menciona, "el auge de la política de masas nos ayuda a reformular la cuestión del apoyo popular al nacionalismo en vez de responder a ella" (Op. Cit.: 119).

---

<sup>3</sup> He prescindido de realizar un resumen cronológico desde principios del nacionalismo hasta aquí. Me ha parecido más interesante señalar algunos de los aspectos que luego sí son esenciales para comprender lo demás, así como debates en el seno de la historiografía mediante los que es posible explicar también esta evolución.

A grandes rasgos, hemos apuntado algunas características de la trayectoria nacionalista que desemboca a finales del siglo XIX en un cambio de paradigma del mismo concepto, que a su vez coincide con profundas transformaciones en la sociedad. Es hora de observar este proceso, explicado aquí de manera abstracta, en un elemento práctico, que será, como ha quedado advertido, primero Alemania y después España.

### *2.1.1. Alemania*

A pesar de que, como todos sabemos, la historia de Alemania como Estado-nación es breve, ya desde antes de su unificación se vienen dando elementos nacionalistas, o como lo define Mosse (2005), periodos de nacionalización. El primero vendría conformado por las guerras de liberación contra los ejércitos napoleónicos, durante 1813 y 1814, que como veremos después, se reclamará como uno de los primeros momentos en que los alemanes se unieron frente a un enemigo exterior.

Será en 1871 cuando se dé la unificación de Alemania, periodo que Mosse identifica como negativo para la nueva política que se estaba creando en torno al nacionalismo, ya que Bismarck ponía más énfasis en el poder del Estado que en la mística de sus componentes (Op. Cit.: 33), base de esta nueva política. Resulta sin embargo un claro referente para los movimientos nacionalistas posteriores, por ser época de control político europeo por parte de Alemania. Es entre 1918 y 1933 cuando se dará el mayor periodo nacionalizador, o mejor dicho, cuando las corrientes nacionalizadoras y la nueva política confluyan.

Se está utilizando un término, la nueva política, clave para el análisis que Mosse hace de dicho proceso nacionalizador. El autor basa su teoría en esta nueva política, tipo que habrían creado e impulsado los movimientos nacionalistas del siglo XIX. Esta nueva política se basaría en la emoción. Es un concepto complejo, que guarda dentro de sí la evolución filosófico-política de más de medio siglo. Lo que viene a decirnos Mosse, de manera resumida, es que esta nueva política que se estaba creando, al entrar los movimientos de masas en política, se perfecciona y moldea por el nacionalismo, lo que convierte esta nueva política en una liturgia, la liturgia de que se sirve el propio nacionalismo para desarrollarse.

El autor realiza un par de aclaraciones básicas para comprender el concepto: una es que esta nueva política funciona como una religión secular. Esta religión tendría su origen remoto en el cambio que se produce con la Revolución Francesa, en la que se crea un nuevo tipo de culto, el culto al pueblo, basado en las ideas racionalistas de la Ilustración. Sin embargo, en lugar de cambiar la religión por la razón, se crea una religión de la razón, un culto irracional de la razón (Op. Cit.: 28). La entrada en la política de las masas necesitaba de un movimiento que las integrara en el Estado, y es a partir de 1871 cuando el Estado comienza a transformar ese culto, creando una liturgia determinada.

El segundo punto que ayuda a comprender el proceso es la estetización de esta política, verdadero logro del nacionalismo. Un nuevo estilo arquitectónico y artístico, una nueva idea del hombre, la belleza clasicista mezclada con influencias romanticistas, hacen posible la materialización de la política en el arte, que vinculó los mitos y símbolos con el sentimiento de masas.

Estos elementos son desarrollados en el magnífico libro de G. L. Mosse. Se trata del desarrollo y evolución de la aplicación de conceptos clásicos, básicamente los ideales griegos de belleza, que se desarrollan a partir de Johann Winckelmann. El autor realiza un recorrido por todos los monumentos y lugares, así

como por la teoría de la monumentalización arquitectónica que representa la nación, que van formando la idea de hombre nuevo alemán durante el siglo XIX, ligado indefectiblemente a su nación. Éste representa los ideales de belleza griegos, y recoge a la vez los mitos y símbolos del hombre germano (Op. Cit.: 53). Se reclama la batalla de Teutoburgo contra los romanos como primer momento de expulsión del enemigo del suelo alemán, pasando luego por Leipzig, contra Napoleón, y desembocando en las guerras franco-prusianas y la Primera Guerra Mundial. No hay que olvidar el fuerte militarismo que Prusia imprimió a toda Alemania.

La teoría de Mosse, resumida por el mismo autor, es que el nacionalsocialismo "tuvo aceptación porque se levantó sobre una tradición conocida con la que se podía simpatizar" (Op. Cit.: 26). Es decir, el desarrollo de este nuevo tipo de política, basado a su vez en concepciones filosóficas desarrolladas durante varias décadas, hizo posible que el nacionalsocialismo apareciera a ojos de los alemanes como algo coherente, que venía de una tradición auténticamente alemana. En palabras de Michael Mann, al definir al tipo de individuo activista del fascismo, a quienes identifica como personas que "sentían una intensa identificación con el Estado-nación, debida bien a su pertenencia a las ramas militar, civil o educativa del estado, bien a su socialización en el seno de confesiones religiosas o en regiones que, de alguna manera, eran parte integral de la idea histórica de nación" (Acton y Saz, 2001: 158).

En este sentido es en el que se desarrolla el planteamiento para España. No en el sentido de crear una nueva política, sino de contar con una tradición en la que pueda descansar todo el aparato ideológico-político y social del franquismo. Se trata de observar los elementos de la nacionalización española que permitieron a éste asentarse y desarrollarse.

Pero antes de continuar, me gustaría traer de nuevo a colación el debate primordialista. Como vemos, hay una serie de elementos que el nacionalismo reutiliza para desarrollarse. En el caso alemán, estos elementos son variados: el ideal de belleza clásico, el pietismo alemán, los símbolos del germanismo, cierta influencia romántica, el monumentalismo arquitectónico (derivado a su vez de los tipos clásicos de la arquitectura griega). Pero no solo elementos estético-artísticos, sino elementos que apelan al sentimiento colectivo, es decir, de las masas, a través de la ritualización y la liturgia asociada al culto a la Nación, que se convertía por extensión en culto al hombre nuevo alemán en su conjunto. Pero entonces, si el nacionalismo se nutre de elementos primordiales que ya existían siglos antes, ¿podemos decir que el ideal griego de belleza, así como sus proporciones artísticas y la filosofía ligada a ella, son un elemento primordial del nacionalismo alemán? De esta manera, el nacionalismo no inventaría nada, sino que provendría de la natural evolución de aspectos que siempre estuvieron ahí. Es evidente que el ideal griego de belleza existió, que la batalla de Teutoburgo tuvo lugar, o que el pietismo típico alemán tiene marcadas características; igual de evidente que los reinos cristianos altomedievales de la Península Ibérica se expandieron hacia el sur, que los Reyes Católicos utilizaron como símbolo el yugo y las flechas, o que los dominios castellanos y aragoneses formaron parte del Imperio de Carlos V. Pero que todo esto sucediera en el mismo territorio geográfico no quiere decir que formen parte de la misma tradición. La contradicción que se genera entre reclamarse herederos de un ideal de belleza que fue recogido en gran parte por los romanos y reclamarse igualmente sucesores de los germanos que vencieron militarmente, frenando el avance de estos mismos romanos, es abierta, y nos habla de la amalgama que se ha hecho en el imaginario popular. El caso español es más sintomático si cabe. La tradición plantea que Don Pelayo, la unión de los reinos peninsulares por parte de los Reyes Católicos, y el Imperio alemán cuyo centro era Castilla, forman parte de la tradi-

ción nacional española<sup>4</sup>. La historia ha negado varias de estas interpretaciones, llegando a plantear la inexistencia de Don Pelayo, o cuestionando la posición de Castilla en el Imperio de los Austria, de corte patrimonial.

Se hace patente que los elementos históricos (no primordiales) convenientemente adaptados son los que conforman el universo mítico-simbólico del nacionalismo. En este sentido me encuentro más cercano a posiciones como las de Mosse o Hobsbawm, que hacen hincapié en lo artificial y relativamente moderno del proceso por el cual el nacionalismo pretende hacerse, a los ojos de la población, inherente al ser humano. A pesar de esto, no hay que perder de vista un aspecto que mencionábamos anteriormente para el caso alemán: el apoyo popular al nazismo fue factible porque se sustentaba en un lenguaje que el pueblo ya conocía, le resultaba familiar, y podía fácilmente sentirse dentro de él.

Es decir, a esta invención de tradiciones habría que sumar la evolución que desde el siglo XIX se viene produciendo en la transición a la modernidad, la inclusión de las masas en la política, y la manera de gestionar a estas masas en dicha política. Creo que el tema del nacionalismo ha sido tan controvertido porque precisamente necesita de dos tipos de análisis, en dos tiempos diferentes. Por un lado esta reinención de tradiciones en un tiempo moderno, pero que se retrotrae a tiempos inmemoriales y que se camufla con la historia en sí, es decir, puede llegar a parecer un elemento primordial. Y por otro lado está el desarrollo de esta nueva política y cómo la propia reinención va transformando este concepto al mismo tiempo que se desarrolla el mismo. Si no, no podríamos entender que cuando Winckelmann comienza a proclamar las bondades del ideal de belleza clásico, este ideal aparezca inmerso desde tiempos inmemoriales en el carácter alemán; y que a su vez este nuevo ideal se transforme, tome elementos del germanismo o el romanticismo, y transforme a su vez el ideal nacionalista, el cual cien años después continúa pareciendo inmemorial e inmutable, habiendo mutado claramente.

Pero el auge del nacionalsocialismo no puede entenderse tampoco sin el análisis del contexto histórico en que se desarrolla. Tras la Primera Guerra Mundial se crea la República de Weimar, un sistema que por su naturaleza, no tenía una fuerte tradición popular en Alemania. A partir de aquí algunos autores han querido ver el fenómeno nacionalsocialista desde la óptica de un rechazo general a las políticas democráticas, sistema que por otro lado había caído en desgracia, ya que su evolución en el periodo de entreguerras se estancó y se vio rodeado de repente de regímenes mucho más fuertes en el ámbito de las relaciones internacionales. Pero si existe un tema candente en el debate, éste es la Paz de París. Para autoras como MacMillan (2005), la Paz firmada en Versalles no tuvo tanto peso como se le ha querido achacar en la posterior evolución de Alemania. Otros autores ponen mayor énfasis en la asfixia económica y la humillación que suponían para el pueblo alemán (Weitz, 2009: 12); y si a ello sumamos la ocupación de la cuenca industrial del Ruhr, o la separación de zonas como los Sudetes, no podemos creer que en Alemania no pesara sobremanera la rendición incondicional del ejército del Káiser. Menos dudas quedan todavía cuando observamos el comportamiento de Clemenceau en las conversaciones de paz, y el ambiente revanchista que se respiraba en la conferencia (MacMillan, 2005). Pero aunque no se resta el peso de las limitaciones externas impuestas al nuevo régimen, se hace hincapié en la fusión entre extrema derecha y la tradición autoritaria alemana, y los esfuerzos de esta alianza para derrocar la República. Sin embargo

---

<sup>4</sup> Esta es una visión que prevalece todavía en muchos centros educativos. Yo mismo he observado estas posiciones en mis años de estudiante de Educación Secundaria y Bachillerato. El segundo punto, la unión de los reinos bajo los Reyes Católicos, no se enseña hoy día en los libros de texto, sin embargo sí forma parte de un imaginario nacional español.

es necesario mencionar también el intento fallido de revolución comunista que se produce a comienzos de la República (Weitz, 2009).

Por otro lado, se apunta que Weimar no vino a cambiar el orden social establecido proveniente del Antiguo Régimen, aunque supusiera la democratización de la política. Si bien no se acepta que Weimar prelude el nacionalsocialismo, pues éste surgió de una amalgama mucho más compleja que la simple oposición a un sistema democrático.

### *2.1.2. El caso español*

Aunque en un principio augurábamos la parecida evolución de Alemania y España, es momento ya de desdecirnos parcialmente. La nacionalización española fue de un carácter distinto a la alemana. Si en Alemania observamos la nacionalización a través de la unificación de los distintos territorios, la apelación a la cultura común, religión o filosofía moral, en España sin embargo la unificación territorial no supuso un elemento nacionalizador global (aunque sí fue pilar básico de algunas interpretaciones de la nación). La evolución histórica de la Península es bien diferente a la de Alemania. Desde el acceso de los Borbones al trono hispano se realiza la unificación territorial y la supresión de fueros y privilegios territoriales.

Volvemos otra vez al debate primordial, pues muchos coinciden en admitir que el reinado de los Reyes Católicos supone el comienzo de esta política. Si bien los Reyes Católicos supusieron una gran evolución en la forma de entender la monarquía, como indica Antonio Feros (1998: 37), estas novedades tienen más que ver con la transformación de dicho poder real en contraposición a la nobleza y otros poderes enfrentados que en lo que se refiere a cuestiones protonacionales. Por otra parte no hay que confundir la unión de reinos en una concepción patrimonial del gobierno de los territorios con lo que puede suponer la unificación fiscal y territorial de varios reinos, cosa que no sucedió (incluso las fronteras entre reinos continuaron funcionando como las de cualquier otro reino).

Como íbamos diciendo, la historia española no es como la alemana, y la nacionalización del país desde siglo XIX se articuló más en base a los nacionalismos periféricos, enfrentados al nacionalismo centralista. Sin embargo esta es una visión ya superada pues, aunque este proceso se dé, sobre todo desde principios de siglo XX, las concepciones nacionalistas han cambiado mucho y se tiende a observar aquel nacionalismo con un carácter muy parecido al nacionalismo actual, que evidentemente ya se ha transformado.

No obstante, aunque en España contemos con un proceso multidireccional (si así podemos llamarlo), existe un punto en común con el proceso alemán. Es la creación de una interpretación de la nación basada en la unidad y los valores ancestrales españoles, más parecida al nacionalismo recogido por el nazismo y el fascismo; y, ahora sí, enmarcados en el mismo tronco de pensamiento conservador europeo. Quizá la multiplicidad de opciones de identificación grupal que supusieron el socialismo, el republicanismismo, o el anarquismo, y que hicieron posible la creación de imaginarios y concepciones sociopolíticas totalmente diferentes, hicieron posible a su vez que la Guerra Civil española se desarrollara de la manera en que lo hizo. En este sentido Alemania también contiene en su interior varias opciones, sin embargo la traición del socialdemócrata Friedrich Ebert a las fuerzas revolucionarias (Weitz, 2009), hizo caer al comunismo alemán, que se recuperará durante el trascurso de la República, pero que contará con el reagrupamiento de sus enemigos, la unión con las fuerzas conservadoras y de extrema derecha, así como un amplio movimiento de soldados licenciados desengañados y violentos (entre los que se encontraría

Hitler), de pensamiento muy reaccionario. La gran diferencia con el proceso español es que la lucha en Alemania entre corrientes ideológicas enfrentadas se dirimió en la lucha callejera, sin llegar a institucionalizar y normalizar la lucha ideológica y a muerte mediante una guerra civil, como sí ocurrió en España.

Volviendo al breve repaso de la evolución histórica del proceso nacionalizador español, hay que situarse en la Restauración para comprender el devenir posterior de España. La Restauración monárquica vino a imponer, después de la experiencia republicana, la vuelta a un régimen más en consonancia con el Antiguo Régimen (Granja, Beramendi y Anguera, 2001: 47). Pero eran muchas las opciones nacionales en ese momento, y la situación material de amplios grupos de la población dejaba el campo abierto tanto para corrientes carlistas como para la difusión del socialismo y el anarquismo.

Comienza a plantearse en la década de los ochenta del siglo XIX la cuestión regional como un aspecto a tener en cuenta en la política española, y comienza a desarrollarse lo que evolucionará en un debate nacionalista, aunque "la concepción centralista del estado seguía dominante en quienes ejercían el poder y la presión contraria no había alcanzado todavía la intensidad suficiente para tener que ceder en algo" (Op. Cit.: 50). De todos modos todo este proceso se continuó desarrollando, y el catalanismo consiguió, durante las primeras décadas del siglo XX, importantes avances en materia de autogobierno, como la Mancomunidad (Op. Cit.: 53).

Otros nacionalismos se desarrollan a la par, como el vasco, o más ligados al federalismo, como el caso andaluz. Por otro lado el desarrollo del nacionalismo central o españolista, identificado con Castilla, continúa también su desarrollo. En este sentido, varios autores destacan la castellanización de los reinos hispanos, aunque quizá no desde tiempos tan lejanos como los de Felipe II, como propone Feros (1998). Pero ya en el testamento de uno de los últimos representantes de la Casa de Austria, Felipe IV, se plantea que el centro de los dominios ha de ser Castilla<sup>5</sup>, aunque esto no tiene mayores implicaciones. Por otro lado ya se habían hecho intentos de homogeneización, llevados a cabo por el conde-duque de Olivares, aunque en sí no le preocupaba la construcción de una identidad nacional española, sino la buena marcha y gobierno de la Monarquía sobre todos los territorios. Serán los Decretos de Nueva Planta los que comiencen esta homogeneización administrativa y legal.

Volviendo a donde estábamos, las primeras décadas del siglo XX en España, la cuestión regional se convierte en un serio debate, con profundas implicaciones. La llegada del general Primo de Rivera cortará todo planteamiento nacionalista que escape a sus concepciones nacionales centralistas, tanto las opciones de los nacionalismos periféricos, como cualquier otra opción estatal y central que no fuera la ideada por Primo de Rivera. Se da a partir de aquí una persecución de cualquier cultura o ideal nacional que no sea el oficial. Aunque no es el único motivo, el general Primo observará que el levantamiento tiene como uno de sus principales objetivos acabar con estos tipos de política catalanista. Sin embargo, a pesar de ejercer un estricto control social, la prensa y la literatura fueron mucho menos censuradas, dejando una vía de escape que será ampliamente utilizada por las fuerzas nacionalistas periféricas (Granja et al., 2001: 60).

Llegamos, a través de este rápido repaso, a la II República. Aquí los movimientos nacionalistas serán protagonistas en gran parte de la vida política española, recuperando Cataluña su progreso hacia la apro-

---

<sup>5</sup> Felipe IV [1621-1665]. *Testamento de Felipe IV*. Madrid: Nacional, 1982.

bación del Estatuto. Euskadi o Galicia continuarán también sendos proyectos estatutarios, aunque este proceso se cortará con la Guerra Civil. Pero toda esta evolución aquí planteada no tiene el objetivo de observar la evolución histórica del proceso del nacionalismo y la nacionalización. Lo que interesa es tener este marco contextual presente para comprender qué planteamientos, tradiciones, o concepciones confluieron en una sociedad que no solo apoyó un alzamiento militar, sino que una vez fracasado éste, continuaron luchando contra la legalidad del Estado republicano.

Como vemos las diferencias con Alemania son enormes, pero también guardan ciertos puntos en relación, en referencia a que los dos procesos suponen la interrupción de un sistema democrático y de unos procesos de evolución social que amenazaban a las clases dirigentes decimonónicas y las formadas en los primeros decenios del siglo XX; la alianza de fuerzas antidemocráticas y contrarrevolucionarias, de carácter muy represivo (Acton y Saz, 2001: 88); base de partido único, que por otro lado ya había ensayado Primo de Rivera sin mucho éxito (Granja et al., 2001: 60). Aunque en su fuero interno se alimenten de diferentes tradiciones de pensamiento, también se relacionan con un tronco común de filosofía europea. Aunque hay que tener en todo momento en cuenta que el devenir histórico español no es precisamente el mismo que en Alemania o Italia, pues el Regeneracionismo, el Desastre del 98 y la pérdida de las colonias, la Semana Trágica, los problemas clasistas del ejército y la repercusión de ello en la imagen popular de éste, también el anticlericalismo y el propio catolicismo, la intervención militar de la política, o la humillación sentida por los altos cuadros del ejército influyen en España de manera decisiva. No obstante el ascenso del nacionalsocialismo en Alemania y el fascismo en Italia está también muy relacionado con el ejército y, en el caso de Italia, el papel de las colonias también jugará su baza.

Pero se trata ahora de observar ese tronco común que enlaza al franquismo con las dictaduras fascistas del siglo XX, como decíamos, para comprender el apoyo y aceptación de grandes capas de la población al golpe militar, y para comprender el verdadero papel del franquismo en lo referente a las dictaduras del siglo XX y a su posterior evolución. En este sentido, aunque ya hemos realizado comentarios sobre el tema, hemos de detenernos un poco más en el término fascista/fascistizado, pues es el momento de establecer la relación entre los diferentes regímenes dictatoriales que nos ocupan. Uno de los historiadores españoles que más se han preocupado por ello es Ismael Saz. Éste habla del concepto en base a un primer axioma: el franquismo ha de ser estudiado en comparación con experiencias políticas similares, enmarcadas en el mismo proceso general. Realiza esta aclaración debido a las confusiones que según él se han dado en la historiografía al querer comparar el franquismo con las dictaduras latinoamericanas de la segunda mitad de siglo XX, comparación posible por la larga duración del franquismo, que por su naturaleza puede llevar a éste equívoco comparativo (Acton y Saz, 2001: 87). En comparación con sus homólogas el franquismo presentaría multitud de diferencias y semejanzas, si bien sería la peculiaridad de las fuerzas que lo componen y su carácter dinámico lo que diferencia un régimen de otro. Pero ello no quiere decir que algunos de estos sectores no estuvieran fascistizados. A través de lo que Nolte llamó la época del fascismo, Saz nos propone que el fascismo, en su época, supuso un punto de referencia al que recurrieron amplios grupos ideológicos, tanto de izquierda como de derecha, aunque los primeros de forma negativa y los segundos recogieran su legado de forma positiva (Op. Cit.: 83).

La tesis de Saz es que las fuerzas que finalmente se impondrían entre todas las que aspiraban a monopolizar ideológicamente el régimen no pueden reducirse a la dicotomía fascismo-conservadurismo. Esto sería así debido a que presentan componentes que no son identificables completamente con las tradicio-

nes conservadoras o reaccionarias clásicas de la derecha española, pero tampoco responden por completo a la ideología fascista, aunque sí recoge aspectos esenciales de la misma (Op. Cit.: 90).

Para demostrar dicha teoría se recurre a este concepto de fascistización, proceso al que ya apuntaba Mussolini en su discurso en Milán (Op. Cit.: 84), una mezcla de tradiciones y pensamientos (unos provenientes del fascismo y otros autóctonos) que precisamente son los que permiten al régimen su dinamismo y evolución a una dictadura autoritaria (desligándose del fascismo más puro a partir de 1945). Para observar las semejanzas y diferencias de estos sectores fascistizados podemos fijarnos en multitud de ámbitos, pero uno específico es el que aquí nos interesa: el tronco común de pensamiento europeo desde el que se puede desarrollar la fascistización de algunos sectores de la derecha.

### 3. Ilustración y Contrarrevolución

Si bien el proceso de nacionalización que hemos observado influye en la conformación de regímenes dictatoriales, hemos atendido solamente al aspecto político. Es momento de adentrarnos un poco en el análisis de este tronco de pensamiento común.

Son cada vez más los autores que consideran que España no sufre tal retraso respecto al resto del continente. En lo referente a la cultura, por ejemplo, Juan Pablo Fusi mantiene la tesis de que la cultura española no deja de ser sino una "visión discreta" de la cultura europea (Fusi, 1999: 193). Algunos van más allá, como Ismael Saz, que en lugar de analizar a España dentro o fuera de Europa, propone estudiar el marco general europeo contando con la especificidad de España (Acton y Saz, 2001: 178); especificidad que por otra parte presentan todos los países europeos, pues no existe uno que se constituya como el paradigma rector. En este marco historiográfico podemos rastrear dicho tronco común de pensamiento.

Si aceptamos que el franquismo en un primer momento cuenta con elementos fascizantes, provenientes en especial de Falange, elementos que después veremos evaporarse sustituidos por el integrismo tradicionalista católico (Op. Cit.: 125), debemos atender entonces a la cultura que el franquismo recoge en sus primeros años, que si bien es sustituida después, dejará su poso en la cultura posterior. Pero esta idea no es totalmente nueva, pues enmarcado en el debate sobre fascistización o no fascistización, Ismael Saz se percata de que las dictaduras plenamente fascistas duraron poco, pero una parte de las fascistizadas duró bastante más. En este orden de cosas Saz propone que sea en España, y no en Italia, donde se tenga que buscar "el más perdurable de los legados del fascismo italiano" (Saz, 2004: 90).

Enzo Traverso, bajo la teoría que observa el periodo que va desde la Primera Guerra Mundial a la Segunda como un todo analizable como tal, propone que la Guerra Civil española fue, para su época, el lugar de confrontación mundial de dos corrientes, más allá de la política regional española: el fascismo y el antifascismo. Hobsbawm recordará que "aquel era el frente central de la batalla" ((Traverso, 2009: 210), entre estas dos corrientes. Traverso, bajo una interpretación sociocultural, recuerda que muchos escritores viajaron a España a defender el antifascismo, pues este representaba la herencia de la Ilustración, y era una amenaza no solo para la clase obrera, sino para la democracia y la cultura occidental. Pero también fueron muchos los que marcharon a luchar por el frente nacional. Henri Massis, Paul Claude, Brassillach o Drieu de la Rochelle son algunos ejemplos de los que fueron a participar en la creación de ese "hombre nuevo fascista" (Op. Cit.: 211). Mientras el fascismo representaba la religión política de

fuerza, guerra y raza, el antifascismo representaba la religión civil de humanidad, democracia y socialismo.

Si todavía quedan dudas sobre esta polarización, podemos recurrir al mismo ejemplo que Traverso, la sentencia de Goebbels: "1789 será borrado de la historia" (Op. Cit.: 213). Si esto es así, y parece bastante bien argumentado por Traverso, el fascismo, y también el franquismo aunque sea en sus primeros momentos, recogen esa tradición contrapuesta a la Ilustración, y de la misma manera a la revolución. Se trata de los nuevos mitos creados por la literatura de la primera posguerra mundial. Autores como Ernst Jünger, o Carl Schmitt, y mitos como la muerte honorable en el campo de batalla, o la cruzada por las viejas tradiciones europeas. No olvidemos el carácter de cruzada contra la revolución que se imprimió a la guerra por parte del bando franquista.

Tras este razonamiento, podemos concluir que el franquismo, frente a lo que puedan defender diferentes corrientes historiográficas actuales, tiene en sus orígenes un componente fascista, o mejor dicho algunos sectores e ideales se fascistizan, identificado quizá en el plano cultural e intelectual (aunque el franquismo también copió parte de las instituciones del régimen italiano). Sobre todo a raíz de la visión europea del conflicto, es decir, como hace Traverso y como apuntaba Ismael Saz, abordando el estudio de Europa con España como una especificidad más dentro de ella. Si bien es verdad que esta cultura se transformará a lo largo de la evolución histórica del franquismo, no podemos dejar de observar la transmisión de la tradición anti-ilustrada y contrarrevolucionaria que la cultura europea de entreguerras legó a España, y que ésta perpetuó o transmitió a generaciones posteriores.

Pero en esta cultura transmitida a través del franquismo se encuentra también una determinada idea de nación, que se va conformando a finales del siglo XIX y principios del XX, mediante las experiencias que comentábamos antes: la pérdida de las colonias, el sentimiento corporativo de humillación del ejército y su tradición de intervención política, el Regeneracionismo, etc. Esta idea de nación inmersa en los sectores de la derecha, nación que por otro lado estaba siendo destruida por la II República (Franco, 1987), se transmitirá durante la evolución del franquismo, evolucionando a la par que éste.

## 4. Conclusiones

Podemos considerar, como Fusi, que la cultura española es una versión discreta de la cultura europea. Sin embargo a partir de 1945 la hegemonía cultural europea pertenecía al antifascismo (Traverso, 2009), por lo que no podemos, por mucho que el régimen se enmarcara en la autoexcusable democracia orgánica, observar España a partir de 1945 como una versión de la cultura europea.

Si, como hemos visto, el franquismo se encarga de recoger pensamientos y filosofías conservadoras de principios de siglo, varios aspectos del fascismo (fascistización de sectores de derecha), y con ello todo lo que se incluye y conforma su cuerpo, entre lo que se encuentra el nacionalismo y la idea de nación, también se encarga de transmitirlo a las generaciones posteriores. Por ello el estudio del nacionalismo y la idea de nación en el franquismo (en toda su evolución), es imprescindible para comprender las concepciones nacionales y nacionalistas actuales.

"Nada de lo que se verifica se pierde para la historia, sólo la humanidad redenta toca plenamente su pasado", decía Walter Benjamin. Esta verificación es necesaria para estos temas, desde puntos de vista que

se alejen de lo que González Calleja da cuenta en su artículo, el peso que las ideologías han tenido en las interpretaciones de posguerra mundial sobre estos temas (Acton y Saz, 2001), sobre todo en relación a la política de masas, muy ligada al tema del nacionalismo, como observamos a través del intenso análisis de G. L. Mosse. Pero a su vez se necesitan interpretaciones que desechen también las corrientes que proponen su estudio en base a su mayor o menor cercanía con el paradigma de la democracia liberal, como las teorías de Hannah Arendt sobre el totalitarismo, así como las teorías marxistas desfasadas, que plantean el problema en términos muy deterministas y bajo categorías de análisis cerradas (Op. Cit.: 158).

En este sentido me parece más acertado el comentario de Ismael Saz, que propone la potencialidad explicativa del marxismo (en la estela de E. P. Thompson), dado que explica bien las facetas fundamentales del fascismo, una de las cuales sería el apoyo de las clases dominantes y dirigentes tradicionales. Sin embargo también avisa que estas interpretaciones tienden a tomar la parte por el todo, por mucho que ésta sea decisiva (Saz, 2004: 81). Aquí se enmarca el análisis realizado por Traverso, y las nuevas corrientes de investigación propuestas a lo largo de este pequeño ensayo: observar el cuerpo filosófico-político-ideológico reinante en Europa en el periodo de entreguerras. Pero hay que ir más allá, identificando estos elementos desde la Revolución Francesa y las teorías de la sociedad de masas lanzadas por Le Bon o Sorel. De esta manera habría que atender a los procesos de nacionalización como pilar básico de la formación de las nuevas sociedades, y sobre todo a la relación de esta nacionalización con el discurso político y filosófico, pero también cultural y simbólico, a la manera de G. L. Mosse. Aunque hemos hecho referencia positiva a varias teorías de Ismael Saz, aquí debemos oponernos a él, por la propia dinámica de nuestra investigación. Ésta propone analizar el desarrollo de estos ámbitos que tratamos desde el siglo XIX, mientras que Saz repite en varias ocasiones que "las claves fundamentales de los problemas del siglo XX se hallan en el propio siglo XX". Sin embargo, creo que aunque las claves de estos problemas estén en el siglo XX, estas claves no surgen porque sí, sino que son fruto de una evolución que precisamente se encuentra en las transformaciones de la sociedad en el siglo XIX, en los albores de una nueva concepción de la civilización. En la estela de los planteamientos marxistas y analistas, el acontecimiento, el momento en que es visible un cambio sustancial en la sociedad, no es más que la expresión de un proceso que seguramente esté en sus estadios más avanzados. Paralelamente este estudio arrojaría luz sobre el debate primordialista, pues a través del análisis de la transformación de la concepción nacional y nacionalista podemos observar la modernidad y la reinención del fenómeno.

Pero volviendo a la incidencia que puede tener conocer las interpretaciones nacionalistas y nacionales del franquismo, debemos hacer mención al problema actual, mencionado de pasada anteriormente. Si en la actualidad existen enfrentamientos en muchos ámbitos de la sociedad por el tema de los nacionalismos periféricos y el nacionalismo centralista, o españolista, la investigación y el conocimiento de este tronco común de pensamiento europeo que posibilitó el desarrollo de dictaduras de diferente signo, pero agrupables bajo una misma interpretación general (Saz, 2004: 79-80), arrojaría luz sobre el tema, ayudando a aclarar posiciones.

Por otro lado, hay que mencionar que el franquismo, como se apuntaba anteriormente, es uno de los regímenes fascistizados que más duró, comparándolo con los regímenes fascista italiano y nacionalsocialista alemán, y por lo tanto es susceptible de haber transmitido por un lado esta filosofía anti-ilustrada y contrarrevolucionaria, por otro lado algunas concepciones sobre la nación y el nacionalismo españolista, que contando con su transformación en el tiempo, podemos encontrar en amplios sectores de nuestra sociedad actual.

## 7. Bibliografía

- ACTON, Edward e Ismael SAZ, (eds.). 2001. La transición a la política de masas. Valencia: Publicaciones Universidad de Valencia.
- FEROS, Antonio. 1998. "Clientelismo y poder monárquico en la España de los siglos XVI y XVII". Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad, Vol. 19, nº 73, pp. 16-19
- FRANCO BAHAMONDE, Francisco. 1987. "Apuntes" personales sobre la república y la guerra civil. Madrid: Fundación Nacional Francisco Franco.
- FUSI, Juan Pablo. 1999. Un siglo de España. La cultura. Madrid: Marcial Pons.
- GRANJA, José Luis de la, Justo BERAMENDI y Pere ANGUERA. 2001. La España de los nacionalismos y las autonomías. Madrid: Síntesis.
- HOBSBAWM, Eric y Terence RANGER (eds.). 2002. La invención de la tradición. Barcelona: Crítica.
- HOBSBAWM, Eric. 1992. Naciones y nacionalismo desde 1780. Barcelona: Crítica.
- MACMILLAN, Margaret. 2005. París, 1919. Seis meses que cambiaron el mundo. Barcelona: Tusquets.
- MOSSE, George L. 2005. La nacionalización de las masas. Madrid: Marcial Pons.
- SAZ, Ismael. 2004. Fascismo y franquismo. Valencia: Publicaciones Universidad de Valencia.
- TRAVERSO, Enzo. 2009. A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945). Valencia: Publicaciones Universidad de Valencia.
- WEITZ, Eric D. 2009. La Alemania de Weimar. Presagio y tragedia. Madrid: Turner Publicaciones.